

un trabajo preparatorio en espera de que empezara la verdadera fiesta de los Angeles de las Aguas? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saberlo tratándose de unos ángeles que tenían semejantes oraciones nocturnas?... Sin duda, *en su orgullo nacional*, mis compañeros deben de imaginarse que *no ha de osarse y que esa fiesta no empezará nunca...* ¡Qué insensatos!... ¡Qué insensatos!...

XIII

La tranquilidad de Amalia me aterra.

AQUELLA misma noche, cuando fui introducido en el departamento de Amalia, encontré a mi bien amada con la expresión tranquila, la tez fresca, el cuerpo descansado. Conservaba no muy arrugado el extraño atavío que llevaba la noche de los últimos acontecimientos de Madera. La primera impresión que esto me causó me desconcertó mucho más que si se me hubiera aparecido excitada por la desesperación.

Imaginaos que estaba sentada en un sillón, en una actitud llena de languidez, contemplando a sus tres hermosos niños, que jugaban en silencio a sus pies.

¡Infortunada criatura, que, pura de todo crimen, no podía sospechar el horrible destino que se le preparaba!

Sus bellas manos jugaban con la cabellera de dorados rizos de la niña. Cuando me vió se incorporó y me dijo textualmente:

—¡Quién lo creería! ¡Vaya una aventura!—y se sonrió.

A lo primero yo me quedé como clavado en el suelo, y después, como me indicara con su agraciado y tranquilo ademán una silla en donde me invitaba a sentarme, exclamé:

—¡Se sonríe usted, Amalia! ¡Se sonríe usted!

Al nombre de Amalia, que en otro tiempo había pronunciado yo con tanta libertad, los tres niños, asombrados de oír a un extraño llamar así a su madre, alzaron la cabeza y me miraron con curiosidad.

Entonces la madre dijo:

—Amigo mío, me parece que está usted muy agitado. Sin embargo, ya ha recibido usted mi carta, que debería haberle tranquilizado un poco sobre la suerte de todos nosotros. Bien mirado, no puede pasarnos nada peor que lo que nos pasa, y lo que nos pasa es en verdad bastante aceptable si es que no ha de durar mucho tiempo. En cuanto a mí, agradezco con egoísmo a la Providencia que haya conducido hasta estos lugares a un compañero de cautiverio que me hará soportar mi infortunio con paciencia... Aquella noche nefasta que descubrí en Funchal que me habían robado a mis hijos, creí haberlo perdido todo. Ya los he encontrado. ¡Alabado sea el Señor! Y puesto que también le he encontrado a usted, ¿de qué podría quejarme?...

Al pronunciar estas últimas palabras seguía sonriendo, ¡oh ángel! ¡Incomparable dulzura de un alma que considerando toda rebelión un crimen, se acomoda a todos los acontecimientos,

que según el dogma que había instruido y doblgado su juventud, no podían provenir nada más que de Dios! ¡Así se acomodó también—pensé yo—a su matrimonio con von Treischkel Y esto, a la vez que era para mí un motivo de inmensa amargura, me procuraba un inefable consuelo.

Mas, juntando las manos, lancé un suspiro, pues, a pesar de cuanto ella pudiera decir, yo la veía ya como un cordero en la piedra del sacrificio. Acto seguido, ella me cortó la palabra viendo que sin duda iba a seguir compadeciéndola, y señalando a los niños me dijo:

—¿Es que quiere usted hacerles llorar?

Entonces me los presentó, pues el drama había impedido hacer esto en Funchal. Para cada uno de ellos fuvo palabras que hicieron reír a los pequeños. Luego me presentó a mi vez como un amigo de su familia y un camarada de su infancia y les pidió que me trataran con los respetos debidos a un viejo pariente; pero inmediatamente yo abracé al pequeño Carolus, que me pareció el más vivaracho; apenas si se parecía al almirante von Treischke, cuyo vivo retrato era Heinrich y cuya dura mirada se perpetuaba en la pequeña Dorotea. De todos modos, Dorotea era muy linda. En fin, eran tres querubines que adoraban a su madre y que no sospechaban ciertamente la desgracia que la amenazaba.

Al pensarlo me subió a la garganta un sollozo que no pude contener... Inmediatamente Amalia se irguió y ordenó a los niños que nos dieran las buenas noches y se retiraran a su cuarto.

—¡Les encontramos aquí en un estado!... Como es natural, les habían tratado a los pobrecillos con cierta brutalidad y la doncella me dijo que nada había logrado tranquilizarles, ni siquiera los bombones. ¡No dejaron de gritar hasta que nos vieron al tío Ulrich y a mí!...

—¡Cómo! ¿Está con usted el tío Ulrich?—exclamé yo.

—Pues claro... ¿No lo sabía usted?... ¡Mientras estuvieron allí estos señores han robado a toda la familia!... ¡Oh! ¡Han hecho bien la operación!... ¿Qué quiere usted? Después de todo, así es la guerra, y podríamos haber caído peor... A bordo de este submarino se está bien, se tiene todo el confort posible... Tengo un gran deseo de visitarlo de arriba abajo y espero que éste será un favor que no tardará en concederme su capitán... Ha de saber usted, Carolus, que yo estoy muy al corriente de los nuevos inventos relativos a los submarinos, y que mi marido, que era el jefe de la defensa móvil de Wilhelmshaven, me hacía prever para fines de este año la construcción de navíos tan vastos como pueda serlo éste y con todo el lujo y el confort del barco de escuadra... Aquí tenemos la prueba ahora que nuestros enemigos se nos han adelantado; eso es todo... Tiene usted que calmarse, amigo mío. ¡Nunca le he visto tan nervioso!...

Y cogiéndome la mano entre las suyas quiso consolarme lo mismo que como madre había consolado a sus hijos.

¡Adorable Amalia! Sólo mis lágrimas le respondieron.

Ella las vió, y soltándome las manos exclamó con un mohín malicioso:

—¡Está usted insoportable!... Mire, mejor sería que me refiriera usted su aventura, porque, después de todo, aún no sé sino vagamente lo que le ha sucedido...

Iba a comenzar el relato de mi propio infortunio, cuando fué empujada una puerta por un viejecito muy vivaracho, vestido con *smoking*, que acto continuo me tendió la mano con suma cordialidad: era el tío Ulrich von Hahn, de la Universidad de Bonn.

—¿Pero cómo?—exclamó a continuación al fijarse en mis húmedos ojos—. ¿Llora usted como un niño? ¡Porque se ha osado poner una mano sacrilega en una de las familias más sagradas de Alemania, se lamenta usted como si todo estuviera perdido! Pero ¿qué es lo que usted se piensa? Y ¿qué es lo que usted teme?... Yo le juro que en este momento los bandidos que han intentado este golpe están más preocupados que nosotros. ¿No ve usted los cuidados de que nos rodean? ¿No son otras tantas excusas que se buscan ya para atenuar su crimen? ¿Cree usted que nos tratarían así si es que no tuvieran miedo? ¡Tranquílcese, pues, señor Carolus Herbert, del dulce país de Gutland, en Luxemburgo!... ¿Usted no es alemán, verdad?... ¡Por eso se lamenta usted! ¡Pero nosotros le protegeremos!...

Toda esta gloriosa alocución no me sorprendió en boca del orgulloso e insoportable anciano; pero tampoco me convenció. Obstinado, moví la cabeza.

—No es por mí por quien temo—dije.

—Carolus Herbert siempre ha pensado más en los demás que en sí mismo—dijo la buena de Amalia—, y la prueba es que está aquí.

Esto era recompensarme de sobra con una frase por todos mis sufrimientos. Con una mirada expresé a Amalia mi agradecimiento.

Entonces dos criados hindús trajeron una mesa deliciosamente provista de entremeses, *delicatessen*—como dicen los alemanes—y botellas. En seguida advertí que se había puesto cubierto para cinco personas.

—¿Esperan ustedes a alguien?—pregunté.

—Sí—repuso Amalia—. A dos amigos de mi marido que hemos tenido la alegría de encontrar aquí: el teniente de navío von Busch y el alférez von Freemann, dos hombres encantadores!...

—¡Encantadores! ¡Encantadores! ¡Y excelentes camaradas! ¡Y cultos, y distinguidos, y muy alegres! ¡Palabra! Nos hubieran podido ayudar muy bien a "levantar la moral" si es que hubiera hecho falta—exclamó el tío Ulrich—. ¡Pero ya están ahí; les oigo venir! ¡Oculte sus lágrimas, Carolus Herbert! ¡Póngase a tono!

Yo vi entrar a mis dos oficiales de por la mañana, aquel que parecía una ígnea bola y el que tenía un rostro de muerte verde. Pero es exacto que ambos tenían un aire muy decidido y acariciaban con buen humor las negras guías de su bigote erizado por el cosmético.

Yo enrojecí en el acto, pues había creído que aquella misma mañana me habían tomado por un espía, y no me disgustó en modo alguno la

presentación que ponía fin a tan enojosa equivocación.

Antes de ponernos a la mesa, el tío llenó los vasos de un fogoso vino blanco, seco y pálido, que cada cual hubo de llevarse a la boca mientras el profesor de la Universidad de Bonn pronunciaba el siguiente brindis:

—Señora, señores, bebo y bebamos por la patria alemana, que con una confianza repleta de esperanza vuelve los ojos hacia su señor imperial, que hasta ahora no ha dirigido una palabra a su pueblo y al mundo que no respire la fuerza, el valor, la piedad y la justicia, que no ha realizado un acto que no contribuya a la paz y la alegría del mundo bajo el cetro del pensamiento y la fuerza alemanes! ¡Hoch! ¡Hoch! ¡Hurrah!...

Inmediatamente yo dejé mi vaso en la mesa sin haber bebido.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó el tío Ulrich, cuya nariz enrojeció, mientras que a su lado "la Muerte verde" lividecía y la "Bola roja" palidecía.

—¡Yo soy del dulce país de Gutland, en Luxemburgo—dije yo con el corazón sublevado por lo que acababa de oír—, y no beberé por semejantes deseos porque soy neutral!...

Amalia dijo:

—Tiene razón. Es neutral... Si yo no estuviera casada con von Treischke haría lo mismo... ¡Señores, sentémonos!...

La dulce autoridad con que les impuso silencio aplacó a aquellos energúmenos. Ellos no podían olvidar quién era el marido de Amalia,

Por el contrario, se acordaban de ello con humildad y notorio servilismo, haciendo reverencias y saludos a propósito de la menor cosa, a propósito, por ejemplo, del salero o de una botella. Todo esto me hubiera hecho sonreír en en otras circunstancias.

En el fondo, estos grandes vencedores del mundo tienen alegrías de esclavos. No eran tan galantes con Amalia como doblaban el espinazo ante la señora de von Treischke. ¡A una mirada suya me hubieran degollado!

Lo malo fué que esta fregua apenas duró, pues, consumida la sopa, el tío Ulrich volvió a las andadas. Esta vez yo no pude contenerme ya, y como los dos oficiales de marina aplaudieran sus frases arrogantes, me levanté, fui a mirar detrás de la puerta para ver si no se ocultaba algún espía, y volví diciendo:

—¿Es que no saben ustedes lo que pasa aquí?

Mi voluntad por guardar silencio había huido a vuelo fendido, y el agudo placer de hacer estremecerse a aquellos bravucones, a la vez que la honrada necesidad de informar definitivamente a Amalia y ver si sería posible encontrar ayudas de buena voluntad en bien de todos, me indujo a revelar sin más fardanza a la compañía mis descubrimientos.

Al principio se me escuchó con interés, sin dejar de pasarse los platos unos a otros. Cada vez que aparecía un criado, yo interrumpía mi relato. Luego lo reanudaba con prudencia, y con una emoción que me temo pusiera un temor algo ridículo en mi voz.

Tanto es así, que en el momento más patético, cuando llegué a hablar de la *ventana enrejada*, los tres hombres se focaron la frente mirándome. Y casi inmediatamente, aun antes de que hubiera podido hacerles saber (sin más amplios detalles) que allí era donde se ejecutaba a los prisioneros condenados a muerte, Amalia se levantó, declaró que ya no tenía apetito, que sentía un gran dolor de cabeza, y se excusaba por dejarnos antes de terminar de cenar, pero que había calculado mal sus fuerzas.

Yo me levanté a mi vez y quise besarle la mano en prueba de abnegación y para pedirle perdón, pues me daba cuenta de que se hallaba terriblemente enojada por lo que a ella le parecía también una insensatez...

Amalia se me escabulló ante mis narices encogiéndose de hombros.

En cuanto ella se marchó el tío se abalanzó a mí y me reprochó mis desconsideradas palabras. Pero entonces, delante de los tres hombres, ¡yo dije todo! ¡todo!, y les supliqué que acabaran por comprender que ellos y la almiranta von Treischke y sus hijos se hallaban en manos de verdugos que habían jurado vengar en ellos las peores torturas, los crímenes que habían ensangrentado Bélgica y Flandes, y los departamentos franceses y todos los mares del mundo.

Pero los dos oficiales de marina, después de haber encendido tranquilamente un largo cigarro, cogieron cada uno de un brazo al tío Ulrich y se lo llevaron sin volver a mirarme, lan-

zando al tecno, con desenvoltura, bocanadas de humo.

A todo esto, habiendo aparecido Buldeo, le pedí que me condujera a mi cuarto; me ayudó a desnudarme y me acosté.

Como es natural, no pude dormirme.

Estaba furioso contra la estupidez de los "boches" (así los llamaba yo en mi furor infinito), que no podían imaginarse que se osara tocar a sus femibles personajes (esto era muy propio de la mentalidad alemana), y sentía un dolor inmenso al pensar en Amalia, que con tanta dureza me había tratado porque había ido a turbar su quietud.

Sólo logré adormecerme por la mañana y no me desperté hasta después de mediodía, sintiendo un hambre de lobo.

XIV

Con el cerebro del revés.

Oh! ¿Cómo podría expresar con palabras los sentimientos o, mejor dicho, las sensaciones que se apoderaron de mí en el transcurso de la velada siguiente cuya extraña y abominable obsesión jamás ¡ay! lograré sacudir?

Mientras uno se encuentra frente a un horror lógico, es decir, explicable—por censurable que pueda ser—se puede gritar, lamentarse, sufrir, pero al fin y al cabo el cerebro tiene probabilidades de resistir, de conservar el equilibrio, la sagrada facultad de razonar, es decir, de *pensar*. Pero situado en el centro de lo inexplicable (sea en el dominio del horror o en cualquier otro)... ¡y ya no puede "pensar" porque zozobra!

Entonces se encuentra en la situación de esas gentes que se hallan tranquilamente sentadas en un sillón sobre un piso sólido y que, merced a un juego que se ha exhibido a menudo en las exposiciones y en las grandes ferias, ven que las paredes de la habitación en que se encuentran se ponen de pronto a oscilar *realmente* en torno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO